



# Del arte de hablar al de pensar

REYES MATE

*Profesor de Investigación. Instituto de Filosofía.  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.*

**El siglo XVII es testigo de un sonoro conflicto entre el arte de pensar y el de hablar. Se cuestiona en efecto la relación entre la palabra y las ideas, la gramática y la lógica.**

Son muchos los que, como Francis Bacon y René Descartes, piensan que las palabras, habladas o escritas, son un estorbo, por eso buscan una relación directa entre las cosas y el pensamiento. Para entender algo de este complejo y capital debate hay que tener en cuenta, entre otras razones, la logomaquia del escolasticismo, y que el latín, lengua universal hasta ese momento, está dejando paso a las lenguas vernáculas.

Este pluralismo lingüístico que conforman las lenguas vernáculas, cuestiona el universalismo de la razón, hasta ese momento sostenido por la hegemonía del latín. Surge entonces la pregunta sobre si, al trocear la razón universal en distintas lenguas ¿no caeremos en el relativismo, lo que sería la muerte de la razón y, más en concreto, de la razón científica? Se intenta entonces sortear ese peligro de distintas maneras, como por ejemplo, buscando “lenguas universales” o planteándose la existencia de una lengua original o tratando de captar al menos estructuras comunes subyacentes a las distintas lenguas. Habría que sumar a esta vocación universalista, iniciativas como la uniformización ortográfica en cada lengua, la invención de sistemas de comunicación para sordomudos, aparición de léxicos políglotas, propuesta de una lengua científica y de un alfabeto universal, etc.



## El problema que arrastra el universalismo lingüístico es la fatalidad del mito bíblico, conocido como La Torre de Babel.

**Llama la atención la pujanza del movimiento filosófico que, para salvar la universalidad de la ciencia, abogan por la estricta separación entre lenguaje y conocimiento.**

En esa partida encontramos nombres como el de Bacon, Descartes o el propio Spinoza. Las palabras más que señales son *idola* que invitan al error. Hay que encontrar una relación entre la mente y las cosas que no pasen por las palabras ni por las imágenes. El único lenguaje que aceptarían sería uno tan formal como el de las matemáticas. Y es que, como decía Galileo, donde está el conocimiento es en el libro de la naturaleza (y no en la Biblia), pero hay que saber leerle. Y esta es la novedad. Su lenguaje es la matemática y no el hebreo. Se da por hecho que las lenguas vernáculas son necesarias para la comunicación de la ciencia, pero no pintan nada en el momento del conocer o del descubrir.

Toda esta corriente domina hasta que irrumpe el romanticismo con su conocida tesis según la cual cada lengua responde al espíritu del pueblo, con lo que se liga el destino del pensamiento o del espíritu al de la lengua local. Pero independientemente de este devenir histórico, el problema que arrastra el universalismo lingüístico es la fatalidad del mito bíblico, conocido como La Torre de Babel.

Según cuenta Georg Steiner, aquella gente se había dotado de una especie de “esperanto adámico”. Aquel embrión de humanidad, concentrado en Sanaar, se sentía fuerte en su unidad lingüística y querían asaltar los cielos. Pero Yahvé no estaba por la labor. Entendió que ahí se estaba gestando un absoluto que podía resultar fatal para la humanidad porque le iba a impedir la pluralidad de vida que acompaña a la pluralidad lingüística. Consecuentemente Yahvé produce la aparición de la pluralidad de lenguas. Da voz a cada uno y eso produce de entrada una soberana confusión. No se entienden, así que cesan las obras y se produce a continuación, la dispersión. El proyecto de ser uno y único, como Dios, se salda con un fracaso. Pero es un fracaso productivo.



## Hoy sabemos –y eso es una ganancia- que se piensa en la lengua que se habla.

El relato bíblico deja bien claro que con el fracaso del proyecto único se produce, por un lado, el florecimiento de los incontables idiomas y con el idioma, la alteridad, algo imposible con el idioma único donde perecía toda diferenciación.

Con razón dice Georg Steiner, que Babel no fue una maldición sino una bendición y un regalo pues “la multitud de lenguas produjo la singularidad del pensamiento y del sentimiento. Al poblar la Tierra de tantos modos y valiéndose de tantas lenguas, el hombre ahondó su inscripción en lo humano”.

Que el universalismo lingüístico fuera alcanzado por el mito bíblico o por el romanticismo, lo cierto es que hoy podemos preguntar, como ya hizo Luis Vives, a quien venga hablando en nombre de la unicidad de la lógica “pero dígame Vd. en nombre de qué lógica o pensamiento habla: ¿del francés, del español o del gótico?”. Porque hoy sabemos –y eso es una ganancia- que se piensa en la lengua que se habla.

Sabemos que no hay lengua natural, ni originaria, es decir, no hay lengua de la humanidad. Tenemos que pensar desde una lengua particular. Y eso no significa necesariamente un demérito ya que esa lengua es propia, es decir, es la lengua que ha recogido las experiencias de sus hablantes. Ahí están ocultas u ocultadas las preguntas que nos interesa conocer. Hacer abstracción de toda esa riqueza semántica acumulada, en nombre de una pretendida universalidad, sería una peligrosa operación epistemológica pues vaciaría de contenido cualquier teoría que se construyera así (imaginemos el sinsentido de una teoría de la justicia que hiciera abstracción de las injusticias cometidas) o, también, una impostura. Dado que todo pensamiento es inseparable de su contexto, proponer cualquier teoría científica como liberada de esa remisión al contexto con el fin de presentarla como asunto de todos y como válida en cualquier contexto, sería actuar de “*mauvaise foi*”. Sería, en efecto, como pretender sacudirse la condición humana.

La industria cultural en inglés, dominante en nuestro tiempo, puede ilustrar con múltiples ejemplos cómo teorías fabricadas en Boston son exportadas por el globo terráqueo como productos universales. Que teorías de la justicia, pensadas en contextos de gran desarrollo económico (como les ocurre a las del estadounidense John Rawls o a la del alemán Jürgen



## **Es el peligro de las lenguas francas, funcionales para la divulgación del conocimiento, pero insuficientes a la hora de su descubrimiento.**

Habermas), se presenten angélicamente en Barranquilla, donde las desigualdades sociales son manifiestas, tiene algo de impostura.

Pero esta fidelidad a la tierra no significa renunciar a toda forma de universalidad. Lo que pasa es que esa universalidad no puede ser un punto de partida sino de llegada. Es una aspiración o una meta que hay que conquistar desde las diferencias. Y hay muchos caminos abiertos que van en esa dirección. Heidegger o Machado, por ejemplo, hablan de los poetas capaces de encontrar entre tanta palabrería reinante la palabra originaria. “A distinguir me paro las voces de los ecos/y escucho solamente, entre las voces una”, dice Machado en Campos de Castilla. Es la misma idea que desarrolla Walter Benjamin cuando certifica que hemos perdido la capacidad de nombrar, propio del lenguaje originario o adámico, pero que podemos acercarnos a él si somos capaces de superar el ruido lingüístico dominante mediante un proceso de roce entre las lenguas, como si confrontando versiones vernáculas consiguiéramos pulir las ideas, depurarlas, y de esta guisa acercarnos al lenguaje común.

**De una manera u otra aparece a lo largo de la historia esa doble vocación del lenguaje: por un lado, pensar desde la lengua que hablamos y, por otro, no renunciar al lenguaje común. Y los atajos desorientan.**

Cuando el romanticismo renunció a la universalidad, sobrevino el nacionalismo lingüístico que reducía las posibilidades del espíritu de una comunidad a lo que su lengua daba de sí. Una operación peligrosa porque confundía el lenguaje que hablamos con las posibilidades lingüísticas del hablante, como si quien habla español no pudiera aprender otros idiomas (¡por eso a Herder le molestaba tanto que un alemán hablara francés!). Se confundía la meta final con un alto en el camino (se sacrificaba el “Weltgeist” al “Volksgeist”). Sacrificamos el cosmopolitismo al nacionalismo lingüístico. Tampoco nos va mejor cuando, a la inversa, apostamos por un universalismo vacío –como el esperanto en cualquiera de sus variantes– que hace caso omiso de la riqueza semántica de la lengua que hablamos. Es el peligro de las lenguas francas, funcionales para la divulgación del conocimiento, pero insuficientes a la hora de su descubrimiento.

Reyes, Mate (2021): *Del arte de hablar al arte de pensar*, PTI ES-CIENCIA (CSIC)  
[<https://pti-es-ciencia.csic.es/>]

Republique nuestros artículos libremente, en impreso o digital, bajo licencia Creative Commons— Atribución/No derivados. Los artículos han de ir firmados por sus autores y las instituciones a las que estén vinculados. Y es imprescindible acreditar a la **PTI del CSIC ES-CIENCIA: calidad y visibilidad de la ciencia en español** e incluir un enlace a nuestra página de inicio o a la URL del artículo.